

chelines; le ofrecí noventa; tomó las camisas, las puso en el armazón y entró en la trastienda.

Creí que iría á traer y mostrarme otras de menos precio. Esperé cinco, diez minutos ó más, hasta que impaciente me fuí á la tienda inmediata.

Me hice enseñar las camisas, cuellos y pañuelos y me dijeron sus precios.

Pregunté si me podrían hacer algún descuento, y me contestó el dependiente con mucha cortesía, que se comprendía que yo era extranjero, que en Inglaterra no había más de un precio fijo para los efectos; uso muy distinto al de Francia y las demás naciones; en ellas se pide un precio y se dá la mercancía en otro.

Entonces me expliqué porqué en la otra tienda el dependiente se metió en la trastienda, y me dejó esperando en el mostrador.

Observé después en otras casas de comercio, que los compradores preguntan el precio del objeto que desean, y si les conviene, lo toman y lo pagan; si no, lo dejan y se retiran en silencio sin entrar en explicación alguna.

Me extrañó mucho este modo por lo seco y desabrido; pero luego reflexionando me convencí de que era excelente; pues además de economizar las palabras y sobre todo el tiempo en un pueblo de tantos negocios, tiene la inmensa ventaja de que el extranjero y el nativo, el experto y el ignorante obtienen la mercancía al mismo precio.

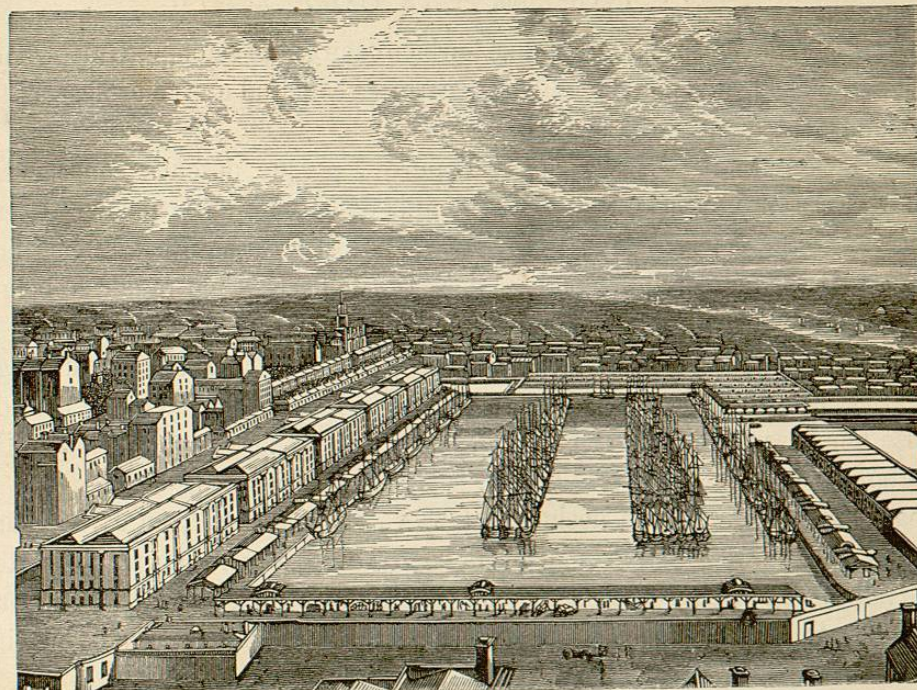
Bien conocida es la mala fe que reina en el comercio al menudeo de otras naciones; los vendedores se aprovechan de la ignorancia en los precios de plaza del pobre parroquiano que cae en sus manos, y venden á la misma hora á precios muy distintos el mismo efecto, según las personas con quienes tratan, siendo los extranjeros las principales víctimas de su rapacidad.

Por lo general, en Inglaterra está uno á salvo de esta clase de robos: estos comerciantes, que ven como á un canalla y cortan tratos con el que fijando un precio hace alguna rebaja, mostrando así su mala fe, no sólo tienen sus precios fijos, sino que en los aparadores es costumbre poner sobre cada objeto el valor respetivo.

Y son tan escrupulosos, que al fijar en el escaparate el precio de un reloj, por ejemplo, de cien ó más pesos, no dicen, « valor 20 libras » sino 20 libras 3 chelines 4 peniques, como si dijésemos en México, cien pesos, seis reales, ocho centavos.

Sería curioso y daría motivo á prolongadas risas en cualquiera pueblo de México, si algun negociante propusiese en venta un caballo en 148 pesos, 5 reales y cuatro centavos.

Y sin embargo, ésto manifestaría buena fe, porque el vendedor indicaría que había sumado el costo del caballo y la cantidad precisa que quería ganar en él; es lo que hacen los comerciantes ingleses en la venta de sus mercancías, sistema que de todo corazón quisiera ver adoptado en mi patria.



LONDRES. LOS DIQUES (DOCKS).

## CAPÍTULO IV.

LONDRES.

Exigencias en el Idioma. — Catedral de San Pablo. — Mercado de los Judíos. — El Támesis. — El Palacio de Cristal. — Museo Británico. — La Torre de Londres. — Jardín Zoológico. — El Parlamento.

5 de Junio.

Anoche salí de Liverpool.

Triste fué para mí el despedirme de Manuel Rodríguez, joven inteligente, modesto y bondadoso, dotado de esa franqueza y lealtad que caracteriza á la raza española. El Gobierno de su patria le comisionó, entre otros, para recibir un armamento en Remington (E. U.) y concluida su misión regresa á España.

En mi travesía de Nueva-York á Liverpool en que nos conocimos como compañeros de vapor, ha sido para mí un verdadero hermano; hablando más inglés que yo, me servía de intérprete en todo lo que se me ofrecía. Cuando me mareaba, hacía á los criados que me sirviesen limonadas, naranjas, dulces,

ó alguno de esos ligeros alimentos que tan bien caen en un estómago trastornado por la debilidad; tuvo para conmigo esa cariñosa solicitud que se profesa entre los miembros de una buena familia.

En Nueva York tomó pasaje hasta Londres, porque deseaba conocer esa gran capital; pero ansioso de ver á su familia que reside en Oviedo, y sabiendo que está para salir un vapor que se dirige á España y hará escala en Gijón puerto inmediato á aquella ciudad, se decidió á tomarlo y me regaló su boleto de ferrocarril de Liverpool á Londres.

Le he prometido verle en Oviedo, si no en este viaje, en algún otro que haga á Europa; él á su vez me ofreció buscarme en México, si en alguna ocasión tuviese que pasar á aquella República.

¡ Cuánto gozaré con volverle á ver !

Iban á ser las doce de la noche y estaba yo instalado solo, en el compartimiento de un wagón, en la estación del ferrocarril, esperando por instantes la partida del tren, cuando se acercó un caballero acompañando á una señora bonita, fresca y elegantemente vestida; abrió la portezuela y la ayudó á subir, sentándola frente á mí.

Luego me preguntó en francés si iba yo á Londres; habiéndole contestado afirmativamente, me recomendó cortésmente á aquella señora que también hacía el mismo viaje.

Acepté con gusto tan caballeroso y fino encargo, y nos dijimos adiós moviéndose ya el tren.

Inmediatamente entramos en conversación esta elegante mujer y yo, y aunque la noche era oscurísima y nada del camino pude ver en mi tránsito, la circunstancia de venir en el compartimiento de un wagón encerrado enteramente solo con esta dama, sin más testigo que el conductor que de vez en cuando, al detenerse el tren, nos anunciaba por la ventanilla el nombre de alguna estación, hizo que nos engolfáramos en una charla bien agradable y que la noche se pasara sin sentir.

Ella es parisiense, viuda de un comerciante inglés que murió hace dos años, y al frente de cuya casa de comercio en Londres sigue ella misma. Me habló de las costumbres y excentricidades de los ingleses, de las bellezas y cosas notables de Londres, de las maravillas de París, que la hacían soñar despierta, todo con un lenguaje y maneras tan delicadas que revelaban á la parisiense más distinguida.

Con un aparente infantil candor, escuchaba cuanto yo le refería de México y de los Estados Unidos del Norte; el nombre de América se comprendía que la electrizaba, y cuando supo que yo era mexicano y viajaba por placer, se empeñó en hacerme indicaciones para que no fuese explotado en las ciudades europeas; me aconsejó que ya que mi apellido era español, me inscribiese en los registros de los hoteles como hijo de la Península, y comerciante en nove-

dades, *nouveautés*. De esta manera, viendo los que tuviesen que tratar conmigo que era europeo y comerciante, me proporcionarían todo á los precios justos y corrientes, porque suponían estaba familiarizado con ellos; mientras que sabiendo que era americano y turista, me harían pagar el hotel y demás cosas por el doble y triple de su valor.



LONDRES. — OFICINA GENERAL DE CORREOS.

En multitud de materias me hizo indicaciones y advertencias que por lo sensato de ellas y el modo afectuoso y encantador con que me las comunicaba, las he retenido en la memoria y las observaré en cuanto pueda.

A las seis de la mañana, despues de seis horas de camino llegamos á Londres. La distancia entre Liverpool y Londres es de trescientos kilómetros, así es que el tren camina 50 kilóm. por hora y á veces, hasta 60, la velocidad mayor que se conoce en vía férrea. Hacen posible esta rapidez lo bien construido de la vía y el estar separados los rieles como dos metros, en vía más angosta se volcarían los wagones á la menor curva.

Me despedí de mi bella compañera de viaje, quien me dió su dirección para si pudiera visitarla, y tomando un coche me dirigí al hotel más inmediato de la estación del ferrocarril.

Cuando el cochero, parándose frente á la portada de un espléndido edificio de cuatro pisos, me indicó más bien con señas que con palabras, que aquél era un hotel, entré y, llegando con mil dificultades al despacho que estaba en el 2º piso, dije al administrador: *I will one room*. Lo pésimamente construido de esta frase, que debía ser *I want a room*, y la detestable pronunciación con que la dije, hicieron que aquel señor no me entendiera y contestara algo que yo traduje por: *No hay cuarto*.

Visité del mismo modo ocho ó diez hoteles en diversas calles y por distintos rumbos, edificios suntuosos é inmensos que no era posible tuviesen todas sus habitaciones ocupadas, recibiendo siempre la misma ó parecida respuesta que yo interpretaba á mi modo. Probablemente ellos me contestaban *I do not understand*. *No entiendo*, y yo traducía, *no hay cuarto*.

Por fin, mi cochero me llevó al Sydney Hotel, que por ser de alemanes, quienes probablemente hablaban tan pésimo inglés como yo, me entendieron y me dieron una habitación.

Los Ingleses son muy exigentes y nimios en su idioma: con una mala construcción que se dé á la frase ó con que se cambie el acento de una sílaba á otra, salen con su breve maldito *I do not understand*, y siguen imperturbables en sus quehaceres, dejándolo á uno con la palabra en la boca y la hiel en las entrañas.

No así los Franceses, que más listos y atentos, aunque uno hable mal el idioma de ellos, entienden una parte y adivinan otra de lo que se les habla, con sólo observar el rostro y las circunstancias en que se les dice.

En Inglaterra para que á uno le entiendan, no sólo necesita hablar el inglés, sino hablarlo muy bien. Después de lo que á mí me sucedió, he visto, para mi consuelo, en un periódico francés, lo que aconteció á una distinguida pianista parisiense en Londres. Ésta, joven elegante y de notable hermosura, entró en un almacén de música y pidió á un dependiente *Lakmé*, partitura muy en boga en París; el dependiente soltó la risa y llamó á otro, quien, oyendo á su vez la demanda de la señorita, hizo lo mismo; luego vino un tercer dependiente y se repitió la escena, siendo el resultado, que la joven salió sin la pieza de música y llena de enojo.

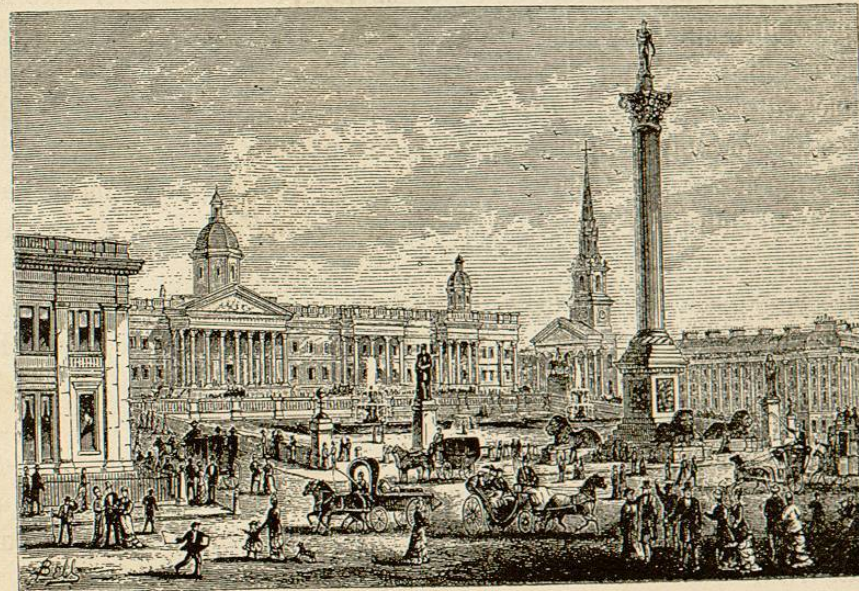
Al comunicarlo á una amiga, en el hotel en donde paraba, ésta le hizo ver que el *Lakmé* de los Franceses suena lo mismo que el *Like me*, ámame, de los Ingleses; de aquí la risa que causó á los dependientes.

Londres, población de cerca de cuatro millones de habitantes, es sorprendente, ya por su extensión, pues tiene 24 kilómetros (cerca de 6 leguas) de longitud de oriente á poniente y 20 kilómetros (como 5 leguas) de norte á sur, ya por los colosales edificios que contiene.

Está situada sobre el caudaloso río Támesis, á 100 kilómetros de su embocadura. Este río la divide aunque desigualmente en dos partes, una al Norte

y otra al sur. La parte Norte es la del gran movimiento y en ella están situados los grandes monumentos y principales edificios.

Su clima es húmedo y frío, siendo 10 grados del termómetro centígrado su temperatura media, y constantemente está cubierta de una bruma, *London fogs*, célebre en el mundo por juzgarse que es la más espesa que el hombre puede respirar.



LONDRES. PLAZA DE TRAFALGAR.

El sol sale en junio de la una y media á los dos de la mañana, y se pone como á las diez de la tarde; pero á pesar de ser tan larga la parte luminosa del día, son tan frecuentés las nieblas á todas horas, que en el interior de los hoteles y en multitud de oficinas, el alumbrado de gas está encendido sin interrupción tanto de noche como de día.

Habiéndome provisto temprano de un *cicerone* que además del inglés habla el francés, idioma en el cual nos entendemos, empecé á recorrer la ciudad en donde materialmente es imposible andar en los primeros días, careciendo de guía, sin extraviarse.

La población es tan extensa, que de cualquier edificio elevado á donde uno suba, no puede ver los límites de la ciudad; en todas direcciones las casas forman horizonte. Y así como en los grandes bosques sólo se ven árboles y cielo, y en los dilatados mares olas y firmamento, aquí se miran edificios y una bóveda entoldada que de vez en cuando deja escapar algunos girones de luz.

Muchas veces ha sucedido que algún extranjero recién llegadô y sin hablar inglés, ha salido á la calle sin apuntar el nombre del hotel y el número de su cuarto, y extraviado á las cuantas calles ha tenido que tomar otro alojamiento y perder su equipaje.

Hay tantos hoteles en Londres, en cada hotel tantos pisos, y en cada piso tal número de habitaciones, que es difícil dar con ellas, una vez perdida la dirección.

He aquí lo que me refieren de un colombiano, no obstante ser algo listo. Llegó á Londres sin conocer el inglés, y luego que se hubo alojado en un hotel, salió á pasear; al llegar á la primer boca-calle reflexionó, por lo que había leído, que era preciso, para volver á hallar su alojamiento, tomar nota del lugar en que este se encontraba; lo más sencillo le pareció escribir el nombre de la calle. Sacó su cartera, y al pie de la letra copió el rótulo que encontró en la esquina á cierta altura. *Strictly prohibited to fix notices*. Está estrictamente prohibido fijar avisos.

Seguro ya por este lado, siguió vagando por las calles; á las cuantas horas que quiso volver á su hotel, mostró la nota de su cartera á un cochero. Este la leyó muy atento y le dijo *All right*, está bien: viendo que no se daba por entendido de llevarlo á donde él quería, recurrió á uno de los policías, que muy atentos, sirven mucho para dirigir al extranjero; el policía cuando leyó *strictly prohibited to fix notices*, le dijo también: *All right* y se quedó muy tranquilo.

El colombiano se decidió á comer y dormir en otro hotel mientras averiguaba en donde vivía.

Acompañado, pues, de mi cicerone, principié á recorrer la población.

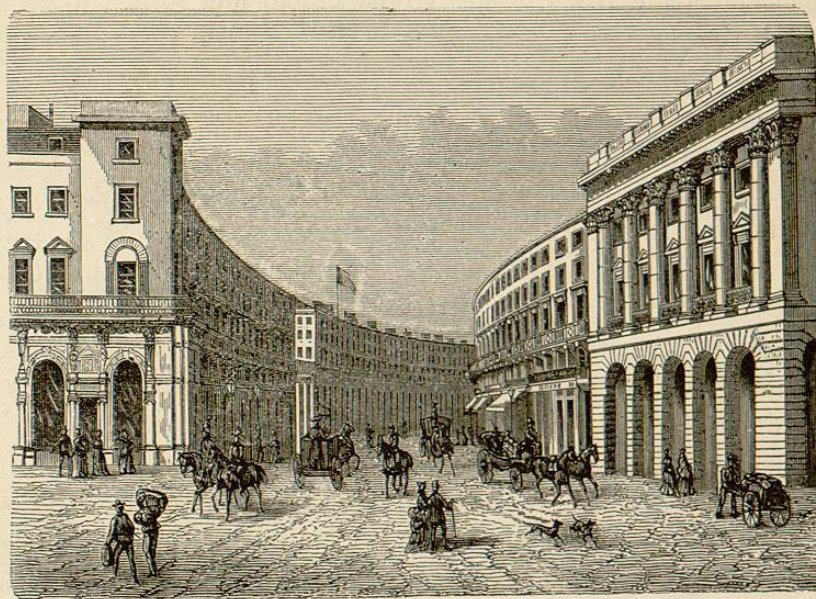
Visité la Bolsa, la Casa municipal, el Banco de Londres, la oficina general de Correos, el Museo municipal y la Catedral de San Pablo. Este edificio es imponente por su aspecto exterior y lo elevado de su cúpula, y muy interesante en su interior por contener multitud de monumentos consagrados á la memoria de ingleses ilustres, sobre todo en el ejército y en la marina. En esta especie de Panteón se elevan 61 monumentos: 29 consagrados á militares, 19 á marinos, 3 á obispos, y algunos á filántropos, cirujanos, médicos ó ministros.

Los monumentos que más me llamaron la atención fueron el del obispo Heber, del filántropo John Howard, del marqués Cornwallis, del almirante Horacio Nelson, de Sir Joshua Reynolds, Carlos Napier y Sir Andrew Hay.

En la Crypta, ó bóveda subterránea de esta catedral, están los restos de las personas cuyos monumentos se alzan en el interior de la iglesia.

Allí está el imponente ataúd de Wéllington, el carro fúnebre en que fueron trasportados sus restos, carro fundido con el bronce que conquistó en varias batallas; y el sarcófago de Nelson construido de mármol y granito: el ataúd que encierra sus restos fué hecho del gran mástil del navío francés « L'Orient » que hizo explosión en la batalla de Aboukir.

Son dignos de ser visitados en esta Catedral el órgano; la biblioteca, que contiene 7,000 volúmenes, la Galería acústica, *Whispering Gallery*, que corre en la base de la cúpula, y en la que el más leve cuchicheo caminando por la bóveda se oye al lado opuesto, distante cuarenta metros, como si una fuerte voz nos hablase al oído; la escalera geométrica, *Geometrical staircase*, espiral notable por su ligereza, el Campanario, el Reloj y la Galería dorada, *Golden Gallery*, de donde se tiene una magnífica vista de Londres.



LONDRES. CALLE DEL REGENTE.

Desgraciadamente la Catedral está rodeada de edificios elevados y muy cercanos á ella que perjudican el efecto de su perspectiva.

El costo total de esta iglesia conforme el modo de expresarse de los Ingleses, fué el de 747,954 libras, 2 chelines, 9 peniques.

He visitado también la Galería de Artes, el Hyde Park, paseo favorito de la aristocracia, Finsbury Park, y por la noche un salón de baile.

6 de Junio.

Lo primero que hice al levantarme fué dejar el hotel alemán, por otro que estuviese más al centro de la población.

El cambio de un hotel á otro me pareció facilísimo. Consulté el Directorio de Londres, ví el nombre de un hotel francés, me gustó el precio de las habitaciones y de la fonda, y luego que pagué mi cuenta me metí en un coche con mi equipaje y dije al cochero el nombre del hotel á donde me dirigía.

Tuve que caminar como dos horas mortales para llegar á mi nuevo alojamiento; en cambio mejoré en todo, pues encontré buenos cuartos, excelente fonda y muchos franceses, italianos y portugueses con quienes charlar.

Hoy es domingo, y como esta es una población protestante, todo el comercio está cerrado.

Sólo los judíos tienen sus establecimientos abiertos; fui al mercado de éstos, que es una especie de baratillo, en que hay un gran trajín entre trastos viejos y montones de sombreros, calzados y ropa usada, que sería curioso saber á quien han pertenecido.

Las típicas, originales y gastadas figuras de los mercaderes, están en completa armonía con la de los compradores y los objetos en que trafican.

Di un paseo en vapor por el Támesis, río muy concurrido en este día en que casi todas las familias salen á los alrededores de la población.

Tomé luego el ferrocarril para Hampton Court Gardens, antiguo palacio de los reyes, en cuyos salones decorados con magnificencia, se admiran cuadros y retratos de Rafael, Miguel-Angel, Ticiano, Murillo, Velásquez, Rubens y Van Dick: allí se ven los muebles que sirvieron no há mucho á los monarcas, y las alcobas cuyas paredes cubiertas de retratos de las mayores hermosuras pertenecientes á la nobleza, les acariciaron su fantasía en los momentos de entregarse al sueño.

En los jardines, que son bellísimos, se encuentra de notable el Laberinto, formado de setos vivos dispuestos de tal manera que, si no se tiene un plano en la mano ó un guía que nos conduzca, es imposible salir de aquel dédalo incomprendible.

Igualmente llama la atención una parra que está en un invernadero, que tiene cosa de ciento cuarenta y dos años, que es monstruosa por la extensión de sus ramos y que produce anualmente de 2,000 á 3,000 racimos de uva negra, de las cuales cada uno pesa de 700 gramos á un kilogramo. La venta de sus racimos en el año de 1,855 produjo 7,500 francos.

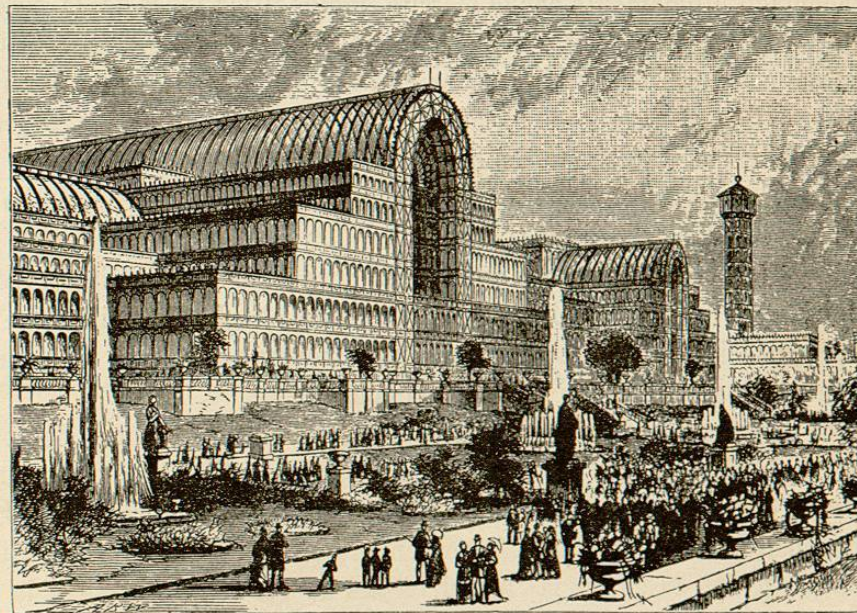
7 de Junio.

Hoy he visitado el famoso Palacio de Cristal, magnífico edificio compuesto de cristal y hierro, en donde hay una exposición continua de adelantos y productos del arte: allí se encuentran una imitación de la Alambra de Granada, y salones decorados al estilo egipcio, griego, romano y bizantino.

Está situado este palacio á unas siete y media millas al S. E. del puente de Londres, en una de las alturas del Penge, en Sydenham, lugar pintoresco y del cual se tiene una preciosa vista de la capital.

Este edificio fué construído con el material que antes formaba el palacio de la exposición en Hyde-Park.

Para que se tenga una idea de la extensión del Palacio de Cristal, diré que en el extremo de un crucero, destinado á la gran orquesta de Haendel, pueden colocarse 4,000 ejecutantes, y en el teatro, que ocupa el resto del crucero, caben 10,000 espectadores.



ALREDEDORES DE LONDRES, EL PALACIO DE CRISTAL.

8 de Junio.

Visité el museo Británico que contiene una asombrosa colección de estatuas y objetos de los tiempos más remotos y que provienen del Asia, África, Europa y América; una hermosa colección zoológica, botánica y mineral; una inmensa biblioteca y un gran salón de lectura.

Entre el gran número de departamentos en que está dividido tan gigantesco Museo, el más notable, y que debe llamarse el *Sancta sanctorum* del museo Británico es la sala del Parthenón ó salón Elgin. Un gran número de bajos-relieves y estatuas, obras del gran Fidias que adornaban ese templo en Atenas, considerado como el primero del mundo, se encuentra allí, recogido por lord Elgin, embajador inglés en la corte de Selim III.

Un modelo del Parthenón, tal como existía cuando el bombardeo del general veneciano Morosini, en 1687, se halla á la izquierda de este salón.